

dejó volver a su convento. De modo que al día siguiente, que era domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito para explicar su conducta, no pudo conseguir un solo instante de silencio, y las rechiflas, risotadas e injurias de todos, no tardaron en convertirse, de burlonas, en amenazadoras. Savonarola, en la imposibilidad de dominar el tumulto, pues su voz era muy débil, se retiró a la sacristía, y de allí volvió a su convento donde se encerró en su celda. En el mismo instante, se oyó un grito que fué repetido por toda la muchedumbre: «¡A San Marcos! ¡A San Marcos!» Y aquella especie de motín, al cruzar las calles, fué engrosando al igual que la marea que sube hasta llegar a la pleamar, y llegó a golpear las paredes del convento, cuyas puertas, cerradas al aproximarse el tumulto, no tardaron en ceder empujadas por la multitud. El convento fué invadido, y Savonarola y sus dos adeptos, Domingo Bonvicini y Silvestre Maruffi, aprehendidos en sus celdas, fueron conducidos a la cárcel entre el populacho que quería despedazarlos, y sólo se calmó con la promesa de que harían ejecutar por la fuerza a los presos la prueba que se habían negado a efectuar de buena voluntad.

Como supondrá el lector, Alejandro VI no había sido del todo extraño a aquel cambio rápido de la opinión; y tan pronto como tuvo noticia de la caída y arresto de Savonarola, lo reclamó como sujeto a la jurisdicción eclesiástica.

Sin embargo, y no obstante las indulgencias con que el papa acompañaba esta petición, la *Señoría* exigió que el proceso de Savonarola se instruyera en Florencia; y, para no aparentar que substraía por completo al culpable de la jurisdicción pontificia, pidió al papa que agregara dos jueces eclesiásticos al tribunal florentino. Convencido Alejandro VI de que era lo único que obtendría de la República de Florencia, diputó ante ella a Joaquín Turriano de Venecia, general de los dominicos, y a Francisco Remolini, doctor en Derecho, los cuales llevaban redactada de antemano la sentencia, por la que Savonarola y sus cómplices eran declarados herejes y cismáticos, perseguidores de la Santa Iglesia y seductores de los pueblos.

La firmeza de los florentinos en la reclamación de sus derechos como jueces, no era más que una vana demostración para salvar las apariencias: el tribunal estaba com-

puesto por ocho individuos perfectamente conocidos por ardientes enemigos de Savonarola, cuyo proceso comenzó por la tortura, de lo que resultó que éste, débil de cuerpo y de una constitución irritable y nerviosa, no pudiendo resistir el tormento de la cuerda, y vencido por el dolor en el momento en que, suspendido por las muñecas, el verdugo lo dejó caer hasta dos pies del suelo, confesó, para obtener algún alivio, que sus profecías eran simples conjeturas. Es verdad que tan pronto como volvió a la cárcel, protestó contra esta confesión, diciendo que la debilidad de sus órganos y su escasa resistencia para soportar el tormento, eran los que le habían arrancado esa mentira; pero que el Señor se le había aparecido muchas veces en sus éxtasis y le había revelado todo lo por él dicho, no había que dudar. Esto le valió una nueva aplicación de la tortura, en la que, sucumbiendo nuevamente Savonarola a la fuerza del dolor, se retractó. Mas así que lo desataron, y cuando todavía estaba acostado sobre el colchón del tormento, declaró que sus confesiones eran obra de sus verdugos, sobre cuyas cabezas pesarían, y que, en cuanto a él, protestaba de nuevo contra todo lo que había dicho y pudiera decir.

Efectivamente, comenzó por tercera vez la tortura, que dió por resultado las mismas confesiones, y al descanso que la siguió, una retractación semejante, en vista de lo cual, los jueces, después de haberlo condenado al fuego, con sus dos discípulos, decidieron que, contra lo acostumbrado, su confesión no sería leída en voz alta al hallarse ya sobre la pira, seguros de que, esa vez como las otras, la desmentiría él, y públicamente, cosa que, para el que conozca el espíritu versátil de la multitud, era del peor efecto.

El 23 de mayo volvió a levantarse en la plaza del Palacio la pira que había sido prometida al pueblo, el cual esta vez se congregó, seguro de que no se le frustraría el espectáculo por tanto tiempo esperado. Próximamente a las once de la mañana, Jerónimo Savonarola, Domingo Bonvicini y Silvestre Maruffi fueron conducidos al lugar del suplicio, y, una vez degradados de sus órdenes por los jueces eclesiásticos, los tres fueron atados a un poste que al efecto había sido colocados en el centro de la pira. Entonces el obispo Pagnanoli declaró a los condenados

que los separaba de la Iglesia y Savonarola, que desde esa hora entraba, gracias a su martirio, en la Iglesia triunfante, dijo: «¿De la militante»? Estas fueron las únicas palabras que pronunció, porque, en aquel instante, un *arrabiato*, enemigo personal de Savonarola, atravesó la fila que formaban los guardias alrededor del cadalso, y arrancando de manos del verdugo la antorcha que éste tenía encendida, prendió con ella fuego a los cuatro costados de la pira. En cuanto a Savonarola y sus dos discípulos, desde el momento en que vieron elevarse el humo, se pusieron a cantar un salmo, y cuando el fuego les rodeó por todas partes con su velo ardiente, aun se oía el cántico religioso, que fué a llamar para ellos a la puerta del Cielo.

Así fué como el papa Alejandro VI se vió libre del enemigo más terrible que contra él se había levantado. La venganza pontificia persiguió a los sentenciados hasta después de su muerte y la *Señoría*, cediendo a sus instancias, ordenó que las cenizas del profeta y sus discípulos fuesen arrojadas al Arno.

Sin embargo, algunos huesos medio quemados fueron recogidos por los mismos soldados que debían impedir que el pueblo se acercara a la pira, y esas santas reliquias, que las llamas ennegrecieron, aun hoy se exponen a la veneración de los fieles, los cuales, ya que no consideran a Savonarola como profeta, lo miran cuando menos como mártir.

Entretanto, el ejército francés se disponía a pasar los Alpes por segunda vez, bajo el mando de Santiago Trivulzio.

El rey Luis XII había acompañado hasta Lyon a César Borgia y a Julián de la Rovère, a los cuales obligó a reconciliarse, y hacia principios del mes de mayo hizo que partiera su vanguardia, a la que no tardó en seguir con el grueso de su ejército. Las fuerzas del rey de Francia componíanse esta vez de mil seiscientas lanzas, cinco mil suizos, cuatro mil gascones, y tres mil quinientos soldados de infantería, alistados en todas las regiones de Francia. El 13 de agosto, aquel cuerpo de ejército que ascendía a quince mil hombres próximamente, y que debía combinar sus movimientos con los de los venecianos, llegaba al pie de las murallas de Arezzo y ponía sitio a la plaza.

La situación de Ludovico Sforza no era nada halagüeña, y sufría en aquella hora la pena de su imprudencia

al llamar a los franceses a Italia: los aliados con quienes creía poder contar, ya fuese que estuviesen ocupados en sus propios asuntos, o que el poderoso enemigo que se había creado el duque de Milán los hubiese intimidado, le faltaron a la vez.

En efecto, Maximiliano, que había prometido enviarle cuatrocientas lanzas, en lugar de abrir nuevamente las hostilidades interrumpidas con Luis XII, acababa de ligarse con el Círculo de Suavia para entrar en guerra con los suizos, los cuales habían sido declarados rebeldes al imperio. Los florentinos, que se habían comprometido a proporcionarle trescientos hombres de armas y dos mil infantes si quería ayudarles a recuperar a Pisa, le habían retirado su palabra, amenazados por Luis XII, al que prometieron permanecer neutrales. Finalmente, Federico, que guardaba sus tropas para sus propios Estados, porque figurábase, y no sin motivo, que, una vez conquistado Milán, tendría que defender nuevamente a Nápoles, no le enviaba, a pesar de sus promesas, ningún socorro, ni en hombres, ni en dinero. De modo, que Ludovico Sforza se encontraba, pues, reducido a sus propias fuerzas.

A pesar de todo eso, como el duque de Milán era poderoso en las armas y hábil en la astucia, no se dejó abatir al primer golpe, y con toda diligencia hizo que fortificaran las plazas de Annone, Novara y Alejandría, envió al marqués de Cajazzo con algunos hombres a la parte del Milanésado que confinaba con los Estados de Venecia, y llevó a orillas del Po el resto de las fuerzas que le quedaban. Pero estas precauciones fueron inútiles contra la impetuosidad francesa; las plazas de Arezzo, Annone, Novara, Voghera, Castelnuovo, Ponte-Corona, Tortona y Alejandría, cayeron en pocos días en poder de los franceses, y Trivulzio marchó sobre Milán.

Loduvico Sforza, al ver esta rápida conquista y estas multiplicadas victorias, y desesperado de resistir en su capital, resolvió retirarse a Alemania con sus hijos, el cardenal Ascanio, su hermano, y su tesoro, el cual, en el espacio de ocho años, había bajado de un millón quinientos mil ducados, a doscientos mil. Sin embargo, antes de partir, dejó la guarda del castillo de Milán a Bernardino da Corte. En vano le aconsejaron sus amigos que desconfiara de este hombre, en vano su hermano Ascanio se ofre-

ció a quedarse en dicha fortaleza y resistir hasta el último extremo; Ludovico no quiso cambiar esta disposición, y emprendió la marcha el 2 de septiembre, dejando en la ciudadela tres mil hombres de infantería con dinero, municiones y víveres suficientes para sostener un sitio de muchos meses.

Dos días después de su marcha, los franceses pasaron a Milán, y diez días más tarde, Bernardino da Corte entregaba el castillo sin haber sido disparado contra él un solo cañonazo. A los veintiún días, los franceses se habían apoderado de las plazas, de la capital y de todos los Estados de su enemigo.

La noticia del éxito de sus armas la recibió Luis XII en Lyón, e inmediatamente salió para Milán, en donde fué acogido con todas las manifestaciones de una alegría sincera. Los ciudadanos de todas clases salieron a recibirle a tres millas de las puertas de la ciudad, y cuarenta niños vestidos de paños de oro y de seda, le precedieron cantando himnos en los que los poetas le apellidaban el rey libertador y el enviado de la libertad. Estas manifestaciones de alegría por parte de los milaneses, eran motivadas por el rumor que los partidarios de Luis XII habían propalado, de que el rey de Francia era lo suficientemente rico para abolir los impuestos. En efecto; al día siguiente de su entrada en la ciudad, el vencedor conmenzó a disminuirlos, concedió grandes mercedes a muchos gentileshombres milaneses, y en recompensa de esta rápida y gloriosa campaña, dió a Trivulzio la ciudad de Vigevano.

En esto, César Borgia, que había seguido a Luis XII para tener su parte en el gran reparto italiano, tan pronto como vió que el fin que se propusiera había llegado, reclamó de él la promesa que le tenía hecha, promesa que Luis XII, con su lealtad proverbial, se apresuró a cumplir, poniendo a su disposición trescientas lanzas, mandadas por Ives d'Allègre, y cuatro mil suizos, bajo las órdenes del baillío de Dijón, para ayudarle a reducir a los *vicarios de la Iglesia*.

Vamos a decir ahora a nuestros lectores quiénes eran los *vicarios de la Iglesia*.

En el transcurso de las guerras de los güelfos (partidarios de los papas) y de los gibelinos (partidarios del em-

perador de Alemania), y mientras duró el largo destierro de los papas en Aviñón, la mayor parte de las fortalezas y ciudades de la Romaña habían sido conquistadas o usurpadas por tiranuelos que, en su mayoría, habían recibido del Imperio la investidura de sus nuevas posesiones, pero en cuanto la influencia alemana traspuso los montes, y los papas convirtieron nuevamente a Roma en centro del mundo cristiano, todos esos principillos, faltos de su primitivo apoyo, habíanse sometido a la Santa Sede, de la que habían recibido nueva investidura, y pagaban un tributo anual, gracias al cual recibían el título particular de duques, condes, o señores, y la denominación general de *vicarios de la Iglesia*.

Ahora bien; para Alejandro VI no fué cosa difícil anotar escrupulosamente la vida y milagros de cada uno de esos señores desde que él ocupaba el solio pontificio, es decir, desde siete años antes, y encontrar en la conducta de cada uno de ellos alguna pequeña infracción al tratado concertado entre los vasallos y el señor feudal, por lo que expuso sus reclamaciones ante el tribunal que para este objeto se estableció, consiguiendo de los jueces una sentencia que declaraba a los *vicarios de la Iglesia*, por haber faltado a las condiciones de su investidura, despojados de sus dominios, los cuales volvían a poder de la Santa Sede; pero como Alejandro VI tenía que habérselas con hombres contra los cuales era más fácil hacer recaer una sentencia que ejecutarla, nombró al nuevo duque de Valentinois su capitán general, al que encargó que recuperara para sí esos dominios.

Estos señores eran los Malatesta, de Rímini; los Sforza, de Pésaro; los Manfredi, de Faenza; los Riario, de Imola y de Forli; los Varani, de Camerino; los Montefeltro, de Urbino; y los Caetani, de Sermoneta.

El duque de Valentinois, deseoso de que no se entibiara la buena amistad que su pariente y aliado Luis XII le dispensaba, habíase quedado con él en Milán durante su residencia en la ciudad; pero, al cabo de un mes de ocupación en persona, cuando el rey de Francia se dirigió nuevamente hacia su capital, el duque de Valentinois ordenó a sus hombres de armas y a sus suizos que fueran a esperarle entre Parma y Módena, saliendo él en posta para Roma, con objeto no sólo de exponer de viva voz a

su padre los proyectos que tenía, sino de recibir sus últimas instrucciones.

Cuando llegó, encontróse con que la fortuna de su hermana Lucrecia había aumentado de un modo considerable durante su ausencia, no por parte de su marido Alfonso, cuyo porvenir era muy seguro gracias a las victorias de Luis XII, lo que había sido causa de un enfriamiento entre él y Alejandro, sino por parte de su padre, sobre el que ejercía mayor influencia que nunca.

En efecto, Lucrecia Borgia de Aragón había sido nombrada por el papa gobernadora vitalicia de Spoleto y de su ducado, con todo lo que de él dependía, como emolumentos, derechos y rentas. Este cargo había acrecentado de tal modo su poder y engrandecido su posición, que, cuando se mostraba en público, sólo lo hacía llevando un cortejo de doscientos caballos montados por las más ilustres damas y los más nobles caballeros de Roma. Además, como nadie ignoraba el doble amor que su padre sentía por ella, los primeros prelados de la Iglesia, los que frecuentaban el Vaticano, los íntimos de Su Santidad, habíanse convertido en sus más humildes servidores; tanto, que los cardenales se apresuraban a darle la mano cuando ella bajaba de su litera o de su caballo, y los arzobispos se disputaban el honor de decir misa en sus departamentos.

Pero fué preciso que Lucrecia dejara a Roma para tomar posesión de sus nuevos Estados; y como a su padre le era imposible pasar mucho tiempo sin verla, resolvió entrar en posesión del pueblo de Nepi, que en otro tiempo dió a Ascanio Sforza para comprarle su voto. Este feudo había sido perdido por Ascanio al unirse a la fortuna de su hermano, el duque de Milán; y como el papa iba a recuperarlo, invitó a Lucrecia a que le acompañara y asistiera a las fiestas de la nueva toma de posesión.

Alejandro VI, al ver la solicitud de Lucrecia en acceder a sus deseos, le hizo un nuevo donativo: el pueblo y territorio de Sermoneta, que pertenecía a los Caetani. Es cierto que el donativo de este señorío no se hizo público en vista de que antes era menester librarse de sus dos poseedores que eran, el uno monseñor Jacobo Caetani, protonotario apostólico, y el otro un joven caballero, lleno de esperanzas, llamado Próspero Caetani; pero, como los dos residían muy confiadamente en Roma, creyendo el

uno por su cargo y el otro por su valor, que gozaban pleno favor ante Su Santidad, se juzgó que la cosa no presentaba gran dificultad.

En efecto, tan pronto como Alejandro VI regresó a Roma, Jacobo Caetani, bajo el pretexto de no se sabe qué delito, fué arrestado y conducido al castillo de Sant'Angelo, en donde no tardó en morir envenenado, y Próspero Caetani fué estrangulado en su casa. En virtud de esta doble muerte, tan rápida que no había dado tiempo ni al uno ni al otro para hacer testamento, el papa declaró que, Sermoneta como los demás bienes pertenecientes a los Caetani, correspondían a la Cámara Apostólica, la cual los vendió a Lucrecia por el precio de ochenta mil escudos que le fueron devueltos por su padre al día siguiente de pagarlos ella. Por mucha prisa que se diera César Borgia, se encontró, pues, al llegar a Roma, con que su padre le había tomado la delantera en el comienzo de sus conquistas.

Otra fortuna había aumentado también de un modo prodigioso durante la permanencia de César en Francia: la de Juan Borgia, sobrino del papa, y que, durante su vida, fué uno de los más fieles amigos del duque de Gandía.

Por lo demás, y sin ninguna reserva, decíase en Roma que los favores con que Su Santidad colmaba al joven cardenal debíase no tanto a la memoria del duque de Gandía como a la protección de la hermana. Motivos eran éstos para que Juan Borgia se hiciera particularmente sospechoso a César; y en cuanto supo que su primo Juan acababa de ser nombrado cardenal *a látere* de todo el mundo cristiano y había salido de Roma para hacer una jira por los Estados Pontificios con un séquito de arzobispos, obispos, prelados y caballeros, que hubiera hecho honor al mismo papa, se juró interiormente que no le dejaría gozar esta dignidad por mucho tiempo.

César sólo había ido a Roma para informarse; de modo que únicamente se quedó allí tres días, y, llevándose todas las fuerzas de que Su Santidad podía disponer, se incorporó a su ejército en las orillas del Enza, y emprendió la marcha hacia Imola, ciudad a la que, habiendo sido abandonada por sus señores que se retiraron a Forli, obligó a rendirse. Tomada Imola, César marchó en seguida sobre Forli.

Allí fué detenido por una seria resistencia, la cual venía de parte de una mujer. Era ésta Catalina Sforza, viuda de Jerónimo y madre de Octaviano Riario, la cual, al retirarse a esta ciudad y poner bajo su guarda su persona y sus bienes, había exaltado el valor de la guarnición. César vió, pues, que allí no se trataba ya de un golpe de mano, sino de un sitio en regla, por lo que, y adoptando las disposiciones consiguientes, emplazó una batería de cañones frente a las murallas, por el sitio que le parecieron más débiles, y ordenó hacer fuego contra ellas hasta haber practicado una brecha.

Cuando volvía de dar esta orden, encontróse en el campamento al cardenal Juan Borgia, que, yendo de Ferrara a Roma, no quiso pasar tan cerca de él sin hacerle una visita: César lo recibió aparentando una inmensa alegría y le hizo quedarse con él tres días; al cuarto, reunió a todos sus oficiales y cortesanos en un gran banquete de despedida, y haciendo portador a su primo de varios despachos para el papa, despidiólo con las mismas pruebas de afecto que a su llegada le había dispensado.

Cuando se levantó de la mesa, Juan Borgia tomó la posta; pero al llegar a Urbino sintióse atacado de una indisposición tan súbita y tan extraña, que se vió obligado a detenerse; sin embargo, como se encontrara mejor al poco rato, prosiguió su camino; más, tan pronto como llegó a Rocca Contrada, sintióse de nuevo tan mal, que decidió no ir más lejos, y se quedó dos días en ese pueblo. Finalmente, al observar alguna mejoría en su estado, y al saber que Forli había caído, y que Catalina Sforza, al intentar retirarse al castillo, había sido hecha prisionera, resolvió retroceder para felicitar a César por su victoria; pero en Fossombrone, a pesar de haber substituído su carruaje por una litera, no tuvo más remedio que detenerse por tercera vez. Este fué su último alto, pues a los tres días de haberse metido en cama, falleció.

Su cuerpo fué conducido a Roma, y allí lo sepultaron sin pompa de ninguna clase en la iglesia de Santa María del Pópulo, donde el cadáver de su amigo el duque de Gandía le esperaba; todo esto verificóse sin que, no obstante la considerable fortuna del joven cardenal, se hablara de ello, como si jamás hubiera existido, porque de este modo iba desapareciendo sombríamente y sin ruido todo cuanto

arrastraba el torrente de las ambiciones de aquella terrible trinidad que se llamaba Alejandro, César y Lucrecia.

Casi al mismo tiempo enlutaba a Roma otro asesinato espantoso. Don Juan Cerviglione, caballero de nacimiento y bravo soldado, capitán de los hombres de armas de Su Santidad, fué atacado, al regresar de una cena celebrada en casa de don Eliseo Pignatelli, caballero de San Juan, por algunos esbirros, uno de los cuales le preguntó su nombre, y al decírselo, viendo que no se había equivocado, clavóle en el pecho su puñal, mientras que otro, de un revés de su espada, le cercenaba la cabeza, que rodó por el suelo antes que el cuerpo.

El gobernador de Roma quejóse ante el papa de este asesinato; pero al ver por el modo que Su Santidad recibió el aviso que más le hubiera valido no hablar de ello, suspendió las investigaciones que había comenzado; de suerte, que ninguno de los asesinos fué detenido.

Sin embargo, se susurró que César, durante su corta estancia en Roma, había obtenido una cita de la joven esposa de Cerviglione, que era una Borgia, y que Cerviglione, al enterarse de que su esposa había infringido sus deberes, habíase dejado arrebatado hasta el punto de amenazarla a ella y a su amante. Esta amenaza llegó a oídos de César, el cual, poniendo el brazo de Michelotto al extremo del suyo, hirió desde Forli a Cerviglione que se hallaba en Roma.

A la muerte de Juan Cerviglione siguió otra tan de cerca, que no dejó de atribuirse, si no a la misma causa, por lo menos al mismo brazo. El arzobispo de Cosenza, monseñor Agueli de Mantua, pasante de la Cámara, y vicelegado de Viterbo, no se sabe por qué causa, había caído en desgracia con Su Santidad, y fué envenenado en su propia mesa, en la que había pasado parte de la noche conversando alegremente con tres o cuatro convidados, cuando ya la muerte se deslizaba sordamente por sus venas; y tan es así, que, no obstante haberse acostado, al parecer, rebosando salud, al día siguiente fué hallado muerto en su cama.

Inmediatamente se hicieron tres partes de sus bienes: las tierras y las casas fueron a parar a manos del duque de Valentinois; el arzobispado se dió al hijo del papa Calixto III, y el cargo de pasante de la Cámara fué vendido por

cinco mil ducados a Ventura Benassai, comerciante sienés, el cual, después de haber pagado a Alejandro VI esa suma, fué el mismo día a vivir en el Vaticano.

Esta última muerte fijó un nuevo punto de derecho en suspenso hasta entonces: como los herederos del difunto arzobispo de Cosenza opusieran algunas dificultades a dejarse despojar, Alejandro VI expidió un breve por el que los cardenales y sacerdotes perdían el derecho de testar, y por el cual se declaró que todos los bienes vacantes correspondían al papa.

Por ese tiempo, César tuvo que detenerse repentinamente en medio de sus victorias. Ludovico Sforza, gracias a los doscientos mil ducados que de su tesoro le habían quedado, pudo alistar quinientos hombres de armas borgoñeses y ocho mil infantes suizos, con los cuales volvió a Lombardia, viéndose forzado Trivulzio a llamar a Ives d'Allègre y a las tropas que el rey de Francia prestó a César para hacer frente al enemigo. En consecuencia de esto, César dejó de guarnición en Imola y Forli una parte de las tropas pontificias y con el resto de sus fuerzas marchó nuevamente hacia Roma.

El papa quiso que su entrada en la ciudad fuese un verdadero triunfo, por lo que, cuando supo que los furrieles del ejército se hallaban sólo a unas cuantas leguas de la ciudad, hizo anunciar por medio de batidores a los embajadores de príncipes, a los cardenales, a los prelados, a los barones romanos y a las órdenes de la capital, para que con todos sus séquitos salieran a recibir al duque de Valentinois, a fin de solemnizar el regreso del vencedor; y como la bajeza del que obedece supera siempre al orgullo del que manda, no sólo se cumplieron estas órdenes, sino que se hizo mucho más.

César Borgia entró en Roma el 26 de febrero del año 1500, y a pesar de estar aún en plena época de jubileo, las fiestas de Carnaval comenzaron más ruidosas aún y licenciosas que de costumbre; así, pues, desde el día siguiente, bajo el pretexto de una mascarada, el vencedor preparó una nueva fiesta a su orgullo, y como si pensara apropiarse la gloria, el genio y la fortuna del grande hombre cuyo nombre llevaba, resolvió representar el triunfo de César en la plaza Navona, donde habitualmente se celebraban las fiestas del Carnaval, a cuyo efecto organizó una cabalgata

de trajes y carros de la época y montando él el último, vestidos con la toga de los antiguos emperadores, coronado de laurel y oro, y rodeado de lictores, soldados y portaestandartes, en los cuales se leía la divisa *aut Caesar, au nihil*, con la que recorrió todas las calles de Roma.

Finalmente, el cuarto domingo de Cuaresma, el papa confirió a César la dignidad tanto tiempo ambicionada: general y gonfaloniero de la Santa Iglesia.

Mientras esto ocurría, Ludovico Sforza había cruzado los Alpes y pasado el lago de Como, en medio de las aclamaciones de júbilo que sus antiguos súbditos le tributaban, los cuales habían perdido bien pronto el entusiasmo que al principio les inspiraron el ejército francés y las promesas de Luis XII. Esas jubilosas demostraciones de entusiasmo estallaron con tal fuerza en Milán, que Trivulzio, juzgando que la guarnición francesa no estaba muy segura, si se quedaba en aquella ciudad, se retiró hacia Novara.

Pronto se convenció de lo cuerdate que había obrado; porque, tan pronto como los milaneses vieron que hacía los preparativos para salir, una sorda fermentación corrió por toda la ciudad, no tardando en verse las calles llenas de hombres armados, viéndose obligado a cruzar por entre aquella amenazadora multitud espada en mano y lanza en ristre; más aún, apenas franquearon las puertas los franceses, el pueblo se desparramó por los campos, persiguiendo a aquel ejército con sus gritos y rechiflas hasta las orillas del Tesino.

En Novara dejó Trivulzio cuatrocientas lanzas, más los tres mil suizos que de la Romaña le trajera Ives d'Allègre, y con el resto de su ejército marchó hacia Mortara, donde se detuvo en espera de los socorros que había pedido al rey de Francia. Poco después de haber salido Trivulzio de la ciudad, entraron en Milán el cardenal Ascanio y el duque Ludovico, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo.

Ninguno de los dos perdió el tiempo, y, queriendo sacar provecho de este entusiasmo, Ascanio tomó a su cargo el sitiarse el castillo de Milán, mientras que Ludovico, pasando el Tesino, fué a atacar a Novara.

Ives d'Allègre, apenas tenía consigo trescientos soldados franceses y Ludovico sólo contaba con quinientos italianos, por lo que resultaron ser tanto sitiados como sitiadores, casi todos hijos de la misma nación. Esto se

explica fácilmente, porque, desde hacía seis años, la infantería en Europa se componía sólo de suizos, y las potencias, cuando necesitaban soldados, valíanse del oro para procurarse soldados de las montañas suizas. De esto resultaba que aquellos rudos hijos de Guillermo Tell, puestos así a la puja por las naciones, llevados por sus diversos enganches desde sus pobres y ásperas montañas a los países más ricos y más voluptuosos, aun conservando su valor, habían perdido, en su roce con los extranjeros aquella antigua rigidez de principios que durante tanto tiempo los había presentado como modelos de honor y de buena fe, convirtiéndose en una especie de mercancía siempre dispuesta a venderse al que mejor la pagara. Los franceses fueron los primeros en sufrir las consecuencias de esta venalidad, que tan funesta debía ser más adelante para Ludovico Sforza.

En efecto, los suizos que formaban la guarnición de Novara, se habían puesto en comunicación con algunos de sus compatriotas que prestaban sus servicios en las avanzadas del ejército ducal, y por éstos, que no sabían todavía que el tesoro de Ludovico estaba próximo a agotarse, se enteraron de que estaban mejor alimentados y mejor pagados que ellos, por lo que se comprometieron a entregar la plaza y a pasarse bajo las banderas milanesas, si querían asegurarles la misma soldada. Como fácilmente se comprenderá, Ludovico aceptó el trato. Le entregaron Novara, menos la ciudadela, que estaba guardada por los franceses, y el ejército del duque se vió aumentado con tres mil hombres. Un error cometió entonces Ludovico, pues, en vez de marchar sobre Montara con aquel nuevo refuerzo, se detuvo para sitiarse el castillo. Este retardo dió por resultado que Luis XII, a quien Trivulzio había enviado tres despachos dándole cuenta de lo peligroso de su situación, había apresurado la partida de la gendarmería francesa, reunida ya para pasar a Italia, ordenando al baillío de Lyon que enganchara más suizos, encargando al cardenal d'Amboise, su primer ministro, que pasara los Alpes y, con el fin de acelerar la reunión del ejército, se estableciera en Asti. Allí encontró un núcleo de tres mil hombres que fué engrosado por quinientas lanzas y seis mil infantes franceses que le llevó La Trémouille; finalmente, el baillío de Dijón llegó allá con diez

mil suizos; de suerte que, contando las tropas que Trivulzio tenía con él en Montara, Luis XII se encontró que allende los montes tenía un hermoso cuerpo de ejército, como jamás ningún rey de Francia había podido poner hasta entonces en campaña. En seguida, por medio de una hábil marcha, y aun antes de que Ludovico estuviera informado de su concentración y de su poder, ese ejército fué a situarse entre Novara y Milán, de modo que el duque quedó completamente incomunicado con su capital. Este se vió forzado, a pesar de su inferioridad numérica, a aprestarse para librar batalla. Pero ocurrió que, cuando por una y otra parte se hacían los preparativos para un choque decisivo, la Dieta, instruída de que hijos de los mismos cantones estaban a punto de matarse unos a otros, ordenó a todos los suizos ya estuvieran al servicio del duque de Milán, ya sirvieran en el ejército del rey de Francia, que rompiesen su contrata y regresaran a su patria.

Sin embargo, en el espacio de tiempo que transcurrió entre la rendición de Novara y la llegada del ejército francés ante esa ciudad, las cosas habían cambiado por completo, pues el tesoro de Ludovico, habíase agotado. En los puntos avanzados habíanse sostenido nuevas conversaciones, y esta vez, gracias al dinero enviado por Luis XII, los suizos al servicio de Francia resultaron ser los más bien alimentados y mejor pagados. Los dignos helvéticos, desde que ya no se batían por la libertad, sabían demasiado bien el precio de su sangre para derramarla si no se la pagaban a peso de oro: de esto resultó que, después de haber hecho traición a Ives d'Allègre, se resolvieron a hacer lo mismo con Ludovico, y mientras los montañeses que el baillío de Dijón había enganchado, continuaban firmes bajo las banderas de Francia, no obstante la orden de la Dieta, los auxiliares de Ludovico declararon que, al combatir contra sus hermanos, se rebelaban contra lo dispuesto por la Dieta, y que por lo tanto, se exponían a una pena capital que únicamente se atreverían a arrostrar mediante el pago de sus soldadas atrasadas. El duque, cuyo tesoro se había agotado, y que se encontraba aislado de su capital, cuyo camino únicamente una victoria podría abrir, prometió a los suizos no sólo sus atrasos, sino doble soldada, si querían hacer con él un último esfuerzo. Pero, desgraciadamente, el cumplimiento de esta promesa depen-

día de la suerte dudosa de una batalla, y los suizos declararon que respetaban demasiado a su patria para desobedecer sus órdenes, y que amaban demasiado a sus hermanos para derramar gratis la sangre de ellos; que, en consecuencia, el duque no debía contar más con ellos, pues habían decidido regresar al día siguiente a sus cantones.

Entonces Ludovico, al ver que todo estaba perdido para él, y apelando por última vez a su honor, les conjuró a que, por lo menos, proveyeran a su seguridad, comprendiéndole en la capitulación que iban a concertar. Los suizos contestaron que aun cuando esta cláusula no hacía imposible la capitulación, por lo menos la privaba de las ventajas que ellos tenían derecho a esperar, y con las cuales contaban para indemnizarse de los atrasos de su soldada. No obstante, aparentaron dejarse conmover al fin por las súplicas de aquel cuyas banderas habían seguido por tanto tiempo y le ofrecieron ocultarlo bajo sus ropas y entre sus filas. Esta proposición era ilusoria, pues Ludovico, que era ya viejo y de corta estatura, no podría pasar sin ser reconocido por entre unos hombres de los cuales el de más edad no tenía más de treinta años y el más bajo media cinco pies y seis pulgadas. A pesar de todo, este era el recurso que le quedaba, y, lejos de rechazarlo, aunque modificándolo, buscó el medio de emplearlo con eficacia. Este medio consistía en adoptar el hábito de franciscano y, montado en un matalón, hacerse pasar por capellán de ellos; en cuanto a Galeazzo de San Severino, que ejercía un mando bajo sus órdenes, y sus dos hermanos, como todos tres eran altos, se vistieron como los soldados esperando de este modo poder pasar en las filas suizas sin ser notados.

Apenas decididas estas disposiciones, el duque recibió aviso de que la capitulación entre Trivulzio y los suizos se había firmado. Estos, que ninguna estipulación habían hecho en favor del duque y de sus generales, debían pasar el día siguiente con armas y bagajes a unirse con los soldados franceses: por consiguiente, el último recurso que al desdichado duque y a sus generales les quedaba, era confiarse a su disfraz, como así lo hicieron. San Severino y sus hermanos se pusieron en las filas de la infantería, y Ludovico, envuelto en su hábito de fraile y con la capucha echada hasta los ojos, se colocó en medio de los equipajes.

El ejército comenzó a desfilar. Los suizos, después de haber hecho dinero con su sangre, pensaban sacar dinero a cambio de su honor. Los franceses estaban prevenidos del disfraz de Sforza y del de sus generales, y los cuatro fueron reconocidos, haciendo prisionero al duque el mismo La Trémouille.

Dijose que esta traición fué pagada con el pueblo de Bellinzona, perteneciente a los franceses, y del cual apoderáronse los suizos al regresar a sus montañas sin que Luis XII hiciera nada en adelante para recuperarlo.

Al enterarse Ascanio Sforza que, como hemos dicho, se había quedado en Milán, de esta cobarde deserción, juzgó perdido el juego y que lo mejor que podía hacer era huir antes que, por uno de esos cambios tan familiares para el populacho, se viese tal vez prisionero de los antiguos súbditos de su hermano, a los cuales muy bien podía ocurrírseles comprar su propio perdón a costa de la libertad de Ascanio: en consecuencia, durante la noche, se fugó con los principales jefes de la nobleza gibelina, y emprendió el camino de Plasencia para llegar al reino de Nápoles. Pero, cuando llegó a Rivolta, acordóse de que en aquella localidad tenía un antiguo amigo de la infancia, llamado Conrado Lando, al cual, en los días de su poder, había colmado de bienes, y como tanto él como sus compañeros necesitaban reposo por hallarse cansados en extremo, resolvió pedirle hospitalidad por una noche.

Conrado los recibió haciéndoles demostraciones de la más viva alegría, y puso a disposición de ellos su casa y sus servidores. Pero, así que estuvieron acostados, envió un correo a Plasencia diciendo a Carlos Orsini, a cuyas órdenes estaba la guarnición veneciana, que se hallaba dispuesto a entregarle el cardenal Ascanio Sforza y los principales jefes del ejército milanés.

Carlos Orsini, queriendo llevar a cabo en persona la ejecución de tan importante expedición, montó en seguida a caballo con veinticinco hombres, y, después de rodear la casa de Conrado, entró con el acero desenvainado en la habitación donde descansaban el cardenal Ascanio y sus compañeros, los cuales, sorprendidos en medio de su sueño, rindiéronse sin oponer la menor resistencia, siendo después conducidos a Venecia prisioneros; pero Luis XII los reclamó y le fueron entregados.